

JUEVES NUCLEARES

Francisco PÉREZ VÁZQUEZ



LA ESCRITURA JEROGLÍFICA EGIPCIA FUNCIONALIDAD, ESTÉTICA Y MAGIA

Conferencia pronunciada en el Aula-club de la Sociedad Nuclear Española LOS JUEVES NUCLEARES, el 14 de Noviembre de 1996

Francisco PÉREZ VÁZQUEZ es ingeniero Industrial por la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Sevilla (1972). Desde 1974 trabaja en el Campo Nuclear, primero como Ingeniero de Activación/Compras de Empresarios Agrupados destacado en Nueva York para proyectos de Almaraz y Valdecaballeros, luego en Madrid como coordinador del Departamento Mecánico para Trillo. En 1980 fundó la empresa NUSIM, dedicada al diseño y fabricación de equipos de manejo de residuos radiactivos y suministro de sistemas de protección radiológica, de la que es Consejero Delegado. Es miembro de la SNE y de la Sociedad Española de Protección Radiológica. Por otro lado es miembro de la Asociación Española de Egiptología, y profesor de Filología Egipcia en los Cursos que imparte dicha entidad desde 1990.

A todos los que tenemos esta extraña afición a la Egiptología y en particular a la escritura jeroglífica, nos ha ocurrido más de una vez que alguien nos sorprende enfrascados en un texto egipcio y nos suelta "¿Qué interpretando jeroglíficos?". Nada más lejos de la realidad. No interpretamos nada. Estamos traduciendo un idioma, un idioma

escrito en unos caracteres distintos a los de nuestro alfabeto.

El idioma; el que se hablaba desde época pre-dinástica en Egipto, una lengua emparentada con las Semíticas y con las Norteafricanas.

La escritura; la jeroglífica, en la que los caracteres no se han estilizado como les ha ocurrido a la mayoría de las escrituras, desde la cuneiforme hasta la nuestra propia, todas las cuales tienen un origen pictográfico, sino que conservan su morfología original representando animales, plantas, montañas,...

Pero lo que está claro es que es una escritura con todo lo que esto significa. Hay una relación biunívoca entre los signos escritos y el idioma hablado, por tanto ha llegado al estadio de escritura desarrollada apartándose de la comunicación por ideogramas, en la cual tuvo su origen como el resto de las escrituras.

Si que se produce una estilización de los signos jeroglíficos que da lugar a una escritura paralela, la HIERÁTICA, que los egipcios utilizan en el día a día, en cartas, en textos literarios escritos sobre papiro... sin embargo, para los escritos que tienen que perdurar eternamente, grabados sobre las paredes de templos y tumbas, en ataúdes y sarcófagos, en el ajuar funerario, usan los jeroglíficos.

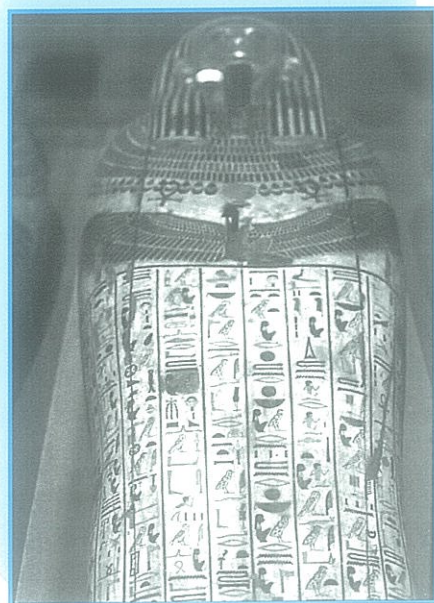
El ataúd de la dinastía XXVI, mostrado en la Fig.I lo tenemos muy cerca, pues está en el Museo Arqueológico Nacional. Tiene escrito sobre su superficie el capítulo 72 del Libro de los Muertos. Sus jeroglíficos están bien delineados y son de una gran belleza. Por su lado el papiro de la Fig.II actualmente en el Museo Metropolitano de Nueva York, está escrito en hierático. Los signos parecen muy diferentes de los del ataúd pero son en realidad una escritura cursiva de los mismos, estando totalmente identificados y rela-

cionados entre sí. La literatura egipcia está en su mayoría escrita en Hierático, y egiptólogos contemporáneos los han transcrito a jeroglífico para su estudio.

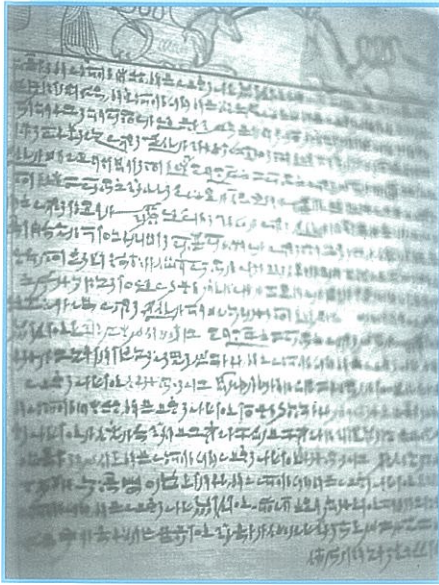
Tenemos ante nosotros algo tan prosaico, o tan sublime, como la expresión gráfica de una lengua hablada, pero con un par de características diferenciales que la alejan de otros sistemas contemporáneos de concepción más pragmática:

- Su finalidad decorativa y
- La conservación de un cierto sentido mágico en sus signos.

Fig. I - Ataúd de la Dinastía XXVI



F II - Papiro hierático de época Ptolemaica



F III - Alfabeto egipcio



se consideran los jeroglíficos como expresiones simbólicas de doctrinas recónditas.

La conquista árabe y la incorporación de su lengua acaba incluso con la lengua original del país, conocida como COPTO. Esta lengua COPTA mantenida posteriormente sólo en la liturgia de la Iglesia Cristiano-Egipcia, es el último estadio de la que se hablaba en época dinástica y ha sido un lazo de unión imprescindible para los primeros investigadores.

En el siglo XVII, el jesuita Atanesius Kircher, uno de los pioneros en el estudio del COPTO, sigue dando interpretaciones muy imaginativas con respecto a los jeroglíficos. Con motivo de haber sido desenterrado en Roma un obelisco traído en la antigüedad y oculto durante varios siglos, fue llamado por el Papa como experto en la interpretación de textos antiguos. El monumento fue construido por el faraón Apries y lleva inscrito los nombres y títulos del rey así como los de los dioses Aton y Neit. Kircher, sin ningún pudor lo traduce como "Que los beneficios del divino Osiris sean otorgados por medio de ceremonias sagradas y de la serie de Genios, para que los beneficios del Nilo puedan ser obtenidos."

Así desembocamos en el siglo XIX. La piedra Rosetta había sido descubierta por las tropas napoleónicas en 1.799. Veinticinco años más tarde Champollion presenta en la Academia su memorable "Lettre a M. Dacier relative à l'alphabet des hieroglyphes phonétiques" en la que establece los cimientos del desciframiento de esta escritura, y desde ahí la labor investigadora de eminentes egiptólogos nos ha llevado al nivel de conocimiento actual en el que se estudia el Egipcio Clásico casi con la misma metodología con que se lleva a cabo el aprendizaje de cualquier otra lengua.

La escritura jeroglífica no ha llegado a la simplificación de la griega, es decir a consistir exclusivamente en un alfabeto de veintitantos signos fonéticos. Si que tiene un conjunto de veinticuatro consonánticos, las vocales no se reflejan, que solemos denominar alfabeto, pues representan todos los fonemas utilizados en la lengua hablada, ver Fig.III. Pero además, incluye multitud de signos biliteros o trilateros, es decir, signos que representan en si solos dos o tres de estos sonidos consonánticos unidos. También hay signos, que denominamos ideogramas puros, que representan graficamente el objeto al que se refieren, y por último cientos de determinativos genéricos, que son signos no fonéticos, es decir, no pronunciados en la lengua hablada, pero que aparecen por regla general al final de una palabra para facilitar al lector la identificación de la misma.

La diversidad y cantidad de signos le da una dificultad añadida. Un buen escriba del Imperio Medio debía dominar al menos 500 signos. Gardiner, en su gramática, dedicada específicamente al Egipcio clásico, obra maestra en su género, lista unos 750. Con el paso del tiempo se va ampliando su número, siendo ingente la aportación de novedades en época Ptolemaica, tanto es así que se calcula que el número total de signos jeroglíficos utilizados a lo largo de toda la historia de la civilización del Nilo supera los 7000.

Como en cualquier escrito, un grupo de caracteres forma una palabra. En jeroglífico las palabras

Nuestro inquisidor amigo, el que nos preguntaba por la interpretación de los signos, no refleja un error individual por desconocimiento sino que se hace portavoz de una idea que tomó raíces en la antigüedad y que ha tenido vigencia casi 2.000 años.

Hagamos un poco de historia:

Los primeros escritos jeroglíficos que se conocen datan de alrededor del 3.000 antes de nuestra era y sirvieron para reflejar nombres propios.

El último texto jeroglífico conocido se encuentra en la isla de Filé fechado el año 394 de nuestra era.

O sea que la escritura jeroglífica se desarrolla en Egipto a lo largo de 3.400 años. Sin embargo desde la conquista del país por Alejandro, el griego se va infiltrando en los estratos cultos llegando a ser en pocos años la lengua de la corte, de los sacerdotes y de las personas ilustradas. Tanto es así que los decretos de los faraones, como el de Menfis de Ptolomeo V, que es el que recoge la piedra Rosetta se promulgaron en griego, siendo las versiones jeroglífica y demótica traducciones del original.

El último empujón hacia el olvido se lo da la llegada del cristianismo, que ve en estos signos la expresión de un culto pagano con el que hay que terminar.

Lo consigue en pocos años. Transforma los templos de los antiguos dioses en iglesias y hace desaparecer la milenaria casta sacerdotal que fué el soporte de los conocimientos y entre ellos de la escritura.

Muestra de esta acelerada desaparición nos la proporciona Horapolo en su tratado HIEROGLYPHICA, donde ya da una interpretación simbólica de la escritura jeroglífica, a pesar de haber sido escrito en la segunda mitad del siglo V, es decir solo 60 ó 70 años más moderno que la mencionada inscripción de Filé, donde ya da una interpretación simbólica.

La Edad Media con su amor por lo oculto da todo tipo de versiones en las que por descontado

F IV - Tumba de Nefertari. Dinastía XIX



F V - Tumba de Ramses I. Dinastía XIX



no van separadas por espacios ni existen signos ortográficos como puntos y comas, donde empieza una y termina la siguiente hay que intuirlo, hay pistas e indicios que ayudan, pero no deja de ser otra dificultad añadida.

Otra peculiaridad es la no existencia del artículo, ni determinado ni indeterminado, al menos en Egipto clásico.

A los ingleses hay que explicarles detenidamente que la lengua egipcia dividía los sustantivos en dos géneros, masculino y femenino y que así la palabra ajet, que significa horizonte, era de género femenino mientras que, por ejemplo, per que significa casa era masculino, lo cual les puede parecer extraño. A los españoles no nos causa la menor sorpresa, nosotros también dividimos el universo en cosas masculinas y femeninas sin saber muy bien porqué libro es masculino y silla femenino. Lo que está claro es que en nuestro idioma, como regla general, son femeninas aquellas palabras que terminan en "a" y masculinas el resto. En egipcio ocurre lo mismo, son femeninos los sustantivos que acaban en "t" y masculinos los demás.

La profusión de "t" en el texto que decora las paredes de la tumba de Nefertari, según muestra la Figura IV se debe a que refleja títulos y epítetos referentes a la reina y por tanto femeninos.

Así como en la diferenciación del género hay similitud con nuestra lengua, la concepción del número gramatical es diferente. Para ellos, en lugar de dos, singular y plural, hay tres, que nosotros denominamos, singular, dual y plural.

Es decir, en castellano una palabra es singular si representa la unidad, dos o más de dos, son plural y llevan una terminación específica. En egipcio, la dualidad, tiene su terminación específica, diferente de la usada para expresar tres o más de tres que es su auténtico plural.

Tiene una cierta lógica ésta concepción del universo en la que el hombre se ve a sí simétrico y compuesto de parejas de miembros y órganos, tiene dos brazos, dos piernas, dos ojos, ... Para él la pareja tiene una diferenciación.

Podríamos seguir adentrándonos en la construcción del egipcio, podríamos puntualizar por ejemplo que, como en nuestra lengua, los adjeti-

vos concuerdan en género y número con el sustantivo al que acompañan, podríamos mostrar la variedad de sus pronombres personales, de sus participios, pero nuestro objeto no es más que dar unas pinceladas y no vamos a seguir profundizando en el tema pues nos ocuparía centenares de páginas. La Asociación Española de Egiptología⁽¹⁾ imparte todos los años cursos de Lengua Egipcia a distintos niveles, en los que se matriculan decenas de interesados en la cultura de los Faraones, unos profesionales del tema como posgraduados de Historia Antigua, pero otros muchos simples aficionados, procedentes de carreras técnicas, que contra todo pronóstico son los que en la mayoría de los casos muestran un mayor aprovechamiento.

Se ha mencionado anteriormente que una de las características que diferencian a la escritura jeroglífica de otros sistemas más funcionales es su finalidad decorativa. Una de las pruebas de ésta aseveración está en la dirección de la escritura, que en los jeroglíficos viene dada por el punto hacia el que miran los signos; ése es el origen. En otros sistemas la dirección es invariable, nosotros escribimos de izquierda a derecha, el árabe se escribe de derecha a izquierda, el mismo hierático se escribe también de derecha a izquierda.

Los jeroglíficos se escriben tanto de derecha a izquierda o viceversa ó verticalmente de arriba abajo y mezclándose las tres direcciones, siempre en aras de expresar una bella imagen plástica.

Su relación de parentesco con la pintura sigue siendo muy próxima. Las representaciones de cualquier tipo se componen normalmente de un dibujo a mayor tamaño, que llamamos viñeta, el cual revive una acción y los jeroglíficos que lo complementan describiendo dicha acción y poniendo en boca de los personajes representados las recitaciones o exclamaciones del momento.

La Fig. V corresponde a la tumba de Ramses I. En

la pared de la derecha la viñeta muestra al faraón conducido en ultratumba por los dioses Anubis y Horus. Se puede observar que los jeroglíficos sobre y junto a Anubis miran hacia la izquierda, son su nombre, títulos y discurso, éstos se leen empezando por la derecha. Los que están sobre el rey, y junto a Horus se leen en sentido inverso. Lo que ha hecho el escriba, y es una regla estricta, es que los signos jeroglíficos miren hacia el mismo punto que el personaje al que están vinculados, manteniendo esa comunión entre texto y dibujo.

Si para conseguir un mismo sonido, el escriba puede elegir entre varios signos escoge los que mejor encajan estéticamente, o suprime alguno no imprescindible o añade un determinativo más. Algunas veces va más lejos y ordena los signos de una palabra en ordenación incorrecta ortográficamente para conseguir un mayor equilibrio.

De la finalidad decorativa de la escritura se puede decir mucho más, pero basta con darse un paseo por las salas de arte egipcio de cualquier museo del mundo para comprobarlo.

La segunda característica diferencial de esta escritura habíamos dicho que era la conservación de un cierto sentido mágico. La palabra escrita para los antiguos egipcios, tiene fuerza en sí misma incluso sin ser leída.

Ejemplo palpable de esta aseveración es la decoración de las tumbas y ataúdes con los distintos capítulos del Libro de los Muertos. Desde que surge la creencia en una vida del más allá entre los egipcios el enterramiento va acompañado de una serie de ceremonias simbólicas en el curso de las cuales se recitaban rezos y letanías con el fin de asegurar al difunto protección en el otro mundo, donde tenía que enfrentarse con enemigos fantasmales que dificultarían su camino en el reino de Osiris.

F VI - Interior de la pirámide del rey Unis. Dinastía V



Nota (1): Asociación Española de Egiptología, Paseo de la Habana nº 17, Madrid Tfno: 5616320

F VII - Papiro del escriba realAny. Imperio Nuevo (British M)

Tras desarrollar un sistema escrito y dado ese carácter mágico, pronto no se conformaron con recitar sus salmodias sino que fueron escritas y conservadas con el muerto, así su acción protectora persistiría mientras estuviese allí el texto escrito. El conjunto de todas estas letanías escritas, con distintas ordenaciones, es lo que llamamos Libro de los Muertos, que aparece en las pirámides y luego en las tumbas, ataúdes y papiros que se depositaban dentro de los sarcófagos. Es evidente que no se escriben los capítulos del Libro de los Muertos para comunicar nada a futuros lectores ni incluso con la finalidad de que la magia de las palabras se repita cada vez que alguien vuelva a leerlos. No, las pirámides y las tumbas se cierran con intención de que perduren así hasta la eternidad, ciudad de eternidad llamaban los egipcios a sus necrópolis; por tanto un conjuro escrito tiene valor con solo estar escrito.

Es en la pirámide de Unas, último rey de la V Dinastía, Fig. VI, donde aparecen por primera vez algunos de estos rezos en textos jeroglíficos en las paredes de la cámara mortuoria y pasillos. Están escritos en columnas verticales, separadas por líneas y no van acompañados con viñetas ilustrativas como ocurrirá más tarde.

Luego decoran con profusión las paredes de las tumbas del Imperio Nuevo en el Valle de los Reyes Fig. IV y V. Aquí la viñeta ha llegado a ser lo más importante, ocupando gran parte de la superficie pintada.

Los ataúdes iban también decorados con algunos capítulos, algunos acompañados de viñetas y otros no, Fig. I.

A partir de la Dinastía XVIII se generalizó la colocación en la tumba de papiros con distintos capítulos. Se alumbraban los textos en un principio con unos simples bocetos contorneados en negro, que con el tiempo se fueron adornando con colores y profusión de detalles, llegando a ser la parte principal del papiro que ahora era confeccionado en paralelo por un pintor, que ejecutaba las viñetas y por un escriba, Fig. VII.

Estos papiros llegaron a comercializarse de tal

forma que eran realizados en serie, dejando un hueco donde tenía que aparecer el nombre del difunto, el cual se escribía en el momento de la venta. Muchos de estos escribas del Imperio Nuevo se limitaban a copiar sus textos de otros más antiguos sin saber siquiera lo que estaban escribiendo. Esto es evidente en muchos papiros en los que la ortografía es incorrecta dándose incluso el caso de que algún capítulo fue copiado de atrás a delante sin que su escritor, simple copista, lo notase.

Del valor mágico de la palabra escrita son también prueba palpable las estelas de curación, Fig. VIII. Estas estaban decoradas en su cara principal con el niño Horus desnudo, de pie sobre cocodrilos y con serpientes y escorpiones en las manos. En la parte inferior un texto contaba como, en un descuido de su madre Isis, le había picado una serpiente. Al oír los llantos de ésta, el dios Thoth señor de la Sabiduría, acudió y mediante un conjuro lo curó.

La función de estas estelas era curar a los que habían sufrido picaduras venenosas, y se usaban de la siguiente forma:

Se colocaban dentro de un pequeño estanque que comunicaba por un orificio con otro inferior. El estanque superior se llenaba de agua y luego se abría el tapón del orificio pasando el agua, que ya estaba impregnada del valor de la palabra escrita, al recipiente inferior donde la víctima de la picadura bebía, y "dicen" que así sanaba.

De la magia de los signos en sí mismos es prueba otra costumbre consistente en mutilar o representar solo parcialmente, en zonas de una tumba cercanas al difunto, aquellos signos cuya imagen era la de un animal que podía resultar peligroso para su integridad. Aquí vemos como al signo se le da un valor en sí mismo, por lo que representa, probablemente alejado de su función real que era simplemente ortográfica formando parte de una palabra que nada de dañino tenía.

Pero a pesar de sus peculiaridades más o menos singulares arriba esbozadas, y retomando el

tema central de esta charla, lo que tenemos ante nosotros cuando estudiamos un texto jeroglífico es la expresión escrita de una lengua. Una lengua que gracias al esfuerzo de eminentes egiptólogos, hombres que han dedicado sus vidas a su estudio durante los dos últimos siglos, es en la actualidad bastante bien conocida. Existen decenas de Gramáticas, diccionarios, antologías. Digamos que se puede estudiar casi como cualquier otro idioma y que el grueso del desciframiento está hecho, por lo que en la actualidad la investigación se ciñe a profundizar en temas puntuales y muy específicos. Por ejemplo, en el Congreso de Munich de 1.985 se presentaron ponencias con títulos como "Una forma anómala del pronombre sufijo de segunda persona en neo-egipcio" o "La partícula hr en neo-egipcio".

Un compañero de la Asociación Española de Egiptología ha presentado un artículo en el último boletín de dicha Asociación sobre "Unos ejemplos de la construcción pseudo-verbal sin la partícula iw", y escribe 35 páginas al respecto.

Con esto no quiero desilusionar a aquellos que tengan interés en el estudio de los jeroglíficos, sino todo lo contrario. Bien es cierto que se ha perdido un poco de ese halo de misterio y su traducción ya no conlleva aquel espíritu romántico de los grandes descubrimientos, sin embargo, con su conocimiento tenemos suficientes instrumentos para entender mucho mejor la cultura egipcia, leyendo de primera mano su historia escrita.

Creedme, todas las horas de estudio, el gran esfuerzo desarrollado durante años se ve premiado con creces con el inmenso placer de leer unos textos escritos hace más de 4.000 años, con el placer de recibir directamente los sentimientos y sensaciones que transmitía al papiro o la piedra un escriba del segundo o tercer milenio antes de nuestra era y que pueden llegar hasta nosotros sin intermediario.

F VIII - Estela de curación de época Ptolemaica. Museo Pushkin Moscú